

EDITORIALES UNIVERSITARIAS Y RESPONSABILIDAD SOCIAL

Benjamín Valdivia

Cuando iniciaron su existencia las universidades, nadie tenía idea de hasta dónde iban a llegar. Allá por la mitad del siglo IX, cuando se fundó la madrasa Al Qarawiyyin, y luego en 1088 con la Universidad de Bolonia, se estaba dando lugar a una actividad social de la mayor relevancia: conservar el conocimiento. Eso acontecía gracias a la palabra escrita y a su lectura en voz alta. Lo que los sabios habían dicho respecto del mundo y de la vida se iba sumando en un patrimonio milenario. Hay que decirlo: patrimonio social, sin duda, pero al alcance de aquellos pocos que sabían leer y contaban con las condiciones de acceso. El conocimiento es una propiedad social puesta en resguardo de una minoría selecta que denominamos comunidad universitaria. No por un mero sentido de élite, sino porque no toda la gente se puede ocupar de todas las cosas.

Imaginemos a aquellos mesurados amanuenses, hijos de la paciencia, que al dictado de la voz hacían unas cuantas copias de los escritos más famosos. Papiros, legajos o cartapacios se contaban en la inmensa

cantidad de unos pocos cientos. Y, de entre ellos, unas pocas decenas de ejemplares en copia manuscrita de los grandes éxitos del momento: la poesía de Sahl ibn Haroun; los algoritmos –nunca mejor dicho– de Al-Quarismi; y apuntes de Abbás Ibn Firnás, el primer aeronáutico del mundo. O en Bolonia los glosadores y otros beneficiarios de los estudios generales acotados por Federico Barbarroja como privilegio escolástico. El advenimiento del gremio de los escolares cambió para siempre las cosas: habría, en lo sucesivo, profesionales del repetir y resguardar los saberes: copiar y leer. Copistas y lectores –como todavía se dice en inglés a quien ejerce la docencia– llenaron bibliotecas y fundaron instituciones para ello. Claro que vendrían luego quienes no sólo preservaban la cultura y el conocimiento, sino que ampliaban, renovaban y modificaban el acervo, dando lugar a algo todavía más elitista que la cultura: la ciencia.

La gente culta y la dedicada a la ciencia tenían, entonces, un entorno propio para su emergencia, desarrollo y consolidación. Al inventarse la imprenta, precisamente por un universitario, de Erfurt, se mecanizó la labor del copista a la vez que se diversificó la profesión de lector. Y se creó propiamente el oficio de editor. Al aumentar la oferta de copias se disminuyeron los precios y hubo más población disponible a tener contacto con los libros. Incluso quienes fueran analfabetas podrían reconocer lo que el libro ofrece: la tradición o la novedad. La copia del pasado o la aspiración del futuro.

La explosión de lo impreso (digámosle así), también fortaleció aspiraciones de escritor en más de una persona, que cayó en la tentación de la que se habla en el Quijote –el libro por antonomasia– en su prólogo a la segunda parte: “que bien sé lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores es ponerle a un hombre en el entendimiento que puede componer y imprimir un libro, con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros cuanta fama”. Copistas, lectores, escritores, una cadena completa de participaciones en el proceso del libro, siempre con el guiño universitario.

Al girar de los siglos, con la venida de lo digital (digámosle así) llegó también a sumarse la pantalla, misterioso impreso de luz móvil y flexible, formado por números convertidos en lenguaje y en imágenes. Así como

la paciencia del copista dio paso a la celeridad del impresor, ésta cedió el sitio a la hipervelocidad del computacionista. Ahora sabemos de libros que ya están disponibles en pantalla aunque todavía no se han publicado. Y para mayor perplejidad, sabemos de personas que aprenden a publicar antes de aprender a escribir.

Lo que vamos diciendo es que los saberes han encontrado siempre su camino para darse al público –al “hipócrita lector”– ya sea en la voz, en el manuscrito, en el impreso tipográfico, o bien en la pantalla digital o por medios insospechados. El asunto es que jamás la humanidad se ha detenido por falta de cosas por ser dichas o por ser leídas. Y la universidad tiene su papel definido en la trama de esos acontecimientos, tanto en la evolución de las tecnologías como en la ampliación de sus contenidos. Y eso se debe también a la cantidad aumentada de autores universitarios. Tanto las ciencias como las artes y los estudios sociales encuentran su ubicación en las editoriales universitarias, con cada vez más áreas de especialización. En un sector del catálogo leeremos a Ovidio: “de los bueyes, parte en la flava arena inclinó las rodillas” (Metamorfosis XI, 355); mientras en otro sabremos que a Tomás de Aquino le apodaban “el buey mudo” (Bovem mutum); y más allá habrá un tratado acerca de la cría del buey y su uso como animal de tiro. De los estudios clásicos a la historia cultural y a la ganadería y la veterinaria, el mundo universitario está poblado de seres diversos con intereses disímolos, que se reflejan en la amplitud del catálogo.

Esa variedad vasta tiene como explicación el avance del conocimiento y la presión demográfica, así como la democratización de la educación.

Señalemos que el número aumentativo de los escritores universitarios ha acrecentado el acervo editorial. Gabriel Zaid, al elaborar su antología de jóvenes poetas, en 1980, da cuenta de que es notorio el aumento de poetas con formación en educación superior. Mi parecer es que siempre había sido así, con la máxima educación disponible. Pero ahora se ve más claramente.

Con una historia marcada por la preservación de la cultura y el resguardo del conocimiento, las universidades llevan siglos de cumplir su labor, a mano o en impreso o en digital. Con ello cumplen una res-

ponsabilidad ante la sociedad en cada momento, pero sobre todo con la sociedad del futuro, ya que el patrimonio intelectual y sensible depositado en lo que se publica queda allí para que, en años venideros, los destinos del libro y quien lo lee se imbriquen en un halo de misterio (“ojalá seas tú el lector que este libro aguardaba”, prologa Borges).

Para cumplir esa responsabilidad moral-cultural-educativa, las universidades disponen la creación de una editorial. Desde ese ámbito, se realiza el esfuerzo contra el viento que marea: burocracia, dinero y políticas. Cada uno de los componentes de este triunvirato de maldad (digámosle así), defiende un territorio que se opone a la virtud del libro: algo no se publicará porque un comité absurdo no otorga su venia, porque no se puede costear, porque no es conveniente para las condiciones institucionales. A veces uno, a veces los tres, son los acotamientos oscuros contra el libro universitario.

Claro que hay un enemigo extra en el orbe universitario de la edición: quienes escriben el libro. Si bien las ediciones universitarias tienen la responsabilidad social de darle cabida al texto que una editorial comercial no publicaría, no necesariamente deben publicar todo lo que se les aproxima con esa intención. Porque siempre está allí la tentación perversa de publicar cosas que están apenas a medias, sólo para obtener puntos en las ignominiosas evaluaciones anuales.

¿Cómo hacer que los recursos públicos, siempre limitados, puedan abrirle espacio a tanta cosa difícil de publicar? Difícil por especializada, difícil por costosa, difícil por inconveniente. Por fortuna contamos ahora con tecnologías digitales y con impresión bajo demanda que resuelven en gran parte la situación: la responsabilidad social de las universidades puede suceder gracias al imperio digital. Lo que es para poco público, de presupuesto pesado o contrario a lo que el poder en turno desea, tiene salida virtual. Y es posible imprimirlo de a uno en caso de usuarios que desconfían –como debe de ser– de los archivos virtuales que en cualquier momento o cambio de formato y de código desaparecerán.

La Universidad Autónoma de Aguascalientes celebra –y celebramos eso– los 25 años de su editorial, muchos de ellos con una dirección

consolidada por Martha Esparza, profesional reconocida en este campo y creadora de un acervo que se dirige paso a paso hacia los mil títulos. Mantener una trayectoria así y una dinámica de trabajo así son parte del cumplimiento de la responsabilidad social de la institución. Esperemos que quienes estén aquí para conmemorar los 50 años, en ese futuro vislumbrado, constaten que esta editorial universitaria continuó venciendo al triunvirato de la maldad y consiguió proseguir su labor de difundir y resguardar lo valioso (y otras cosas) de su orbe en la cultura y los saberes, en tanto, frente al desarrollo del espíritu, los lerdos animales inclinan las rodillas en la flava arena. Salud.

*Con una historia marcada
por la preservación de la cultura
y el resguardo del conocimiento,
las universidades llevan siglos
de cumplir su labor, a mano
o en impreso o en digital.*

Benjamín Valdivia